

ME SERÉIS TESTIGOS...
UNA INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS
ECLESIAÍSTICAS (1)



por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

INTRODUCCIÓN

El Señor Jesu-Cristo, antes de ascender a los cielos, dejó a sus discípulos el encargo solemne de extender el Evangelio por todas las naciones. Este encargo implicaba ir, instruir y bautizar, en ese orden; pero también había que enseñar a los bautizados a que guardaran todas las cosas que Jesús había mandado (Mt 28:18-20). El objetivo terrenal era levantar iglesias locales (grupos locales de redimidos bautizados reunidos en el nombre de Cristo) que fuesen candeleros de oro en su lugar (Ap 1:10-20), que extendiesen la luz de Cristo (Jn 8:12) y de su Palabra alrededor (2Co 4:4).

En las páginas que vienen, seguiremos esta acción a través del libro de los Hechos de los Apóstoles, dedicando una atención especial a aquellas iglesias que recibieron epístolas del apóstol Pablo, para hacer una introducción general a ellas centrada en la descripción de la iglesia local que la recibió.

Creemos que la vida y el testimonio de los cristianos, que está centrada en la persona y obra de Cristo, se canaliza a través de una iglesia local que sea realmente nuevotestamentaria, que quiere decir que está formada por auténticos renacidos, bautizados por inmersión y reunidos alrededor de Cristo según su santa Palabra.

Pido al Señor que estas páginas, de carácter historico-doctrinal-devocional, sean de beneficio espiritual a los lectores, y especialmente para la gloria del Señor de la Iglesia que camina entre las iglesias (Ap 2:1).

LA IGLESIA EN JERUSALÉN

Introducción

La Iglesia de la ciudad de Jerusalén fue la primera iglesia local que se estableció sobre la tierra. Esto tuvo lugar el día de Pentecostés hacia el año 30 d.C., cuando el Espíritu Santo bautizó aquel pequeño grupo de discípulos, como unos ciento veinte (Hch 1:15).

Cronológicamente, la primera vez que encontramos la palabra *iglesia* en el Nuevo Testamento -exceptuando la mención profética de Jesús en Mateo 16:18 y 18:17- es después de describirse como afectaron los acontecimientos de aquel domingo de Pascua a aquel grupo de discípulos de Jesús. Lo que sucedió allí lo produjo el Espíritu Santo que, viniendo como nunca lo había hecho antes, llenó a los discípulos, capacitándolos para hablar en diferentes idiomas “las maravillas de Dios”.

Las palabras que incorporan por primera vez la palabras *iglesia* en los Hechos de los Apóstoles dice: “*Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos*” (Hch 2:47b). El Señor, que dijo a los suyos mientras estaba en la tierra que él mismo edificaría su iglesia, comenzó a hacerlo en cuanto colocó el fundamento y envió al que había de preparar las “piedras vivas”. En aquel momento la palabra *iglesia* tenía un significado general y particular, ya que aquellos que eran incorporados a la Iglesia una de Cristo solamente podían incorporarse a la iglesia local de Jerusalén. Hemos de destacar que el hecho de ser añadido a la Iglesia es obra del Señor, el edificador, y que el mismo Señor es quien añade las personas a la iglesia local; el uso de la forma pasiva “*fueron añadidas a ellos aquel día como tres mil personas*” es la evidencia (Hch 2:41b).

Características básicas

La incorporación de aquel primer grupo de creyentes a la iglesia local de Jerusalén, establece lo que será la norma para la **incorporación de nuevos miembros** a cualquier iglesia local según el Nuevo Testamento.

Lo primero que hemos de destacar es que eran personas adultas, con la capacidad de escuchar, entender y tomar decisiones; en ningún lugar del Nuevo Testamento encontramos que nadie tomase ésta decisión por otro. Las personas que fueron incorporadas a la iglesia de Jerusalén tuvieron que escuchar, en primer lugar, la clara y completa presentación del Evangelio; tuvieron que entenderlo, y ser “*compungidos de corazón*” al escucharlo bajo la acción redargüidora del Espíritu Santo (Jn 16:8); preguntaron qué tenían que hacer, y, ante el requerimiento del arrepentimiento y la conversión, con su testimonio externo, el bautismo en agua (Hch 2:38-41 comp. 3:19), recibieron con alegría aquella palabra de los Apóstoles. Lo que quiere decir que, aquellas personas que fueron incorporadas a la membresía de la iglesia de Jerusalén, eran, en primer lugar, auténticos renacidos, que habían escuchado, entendido y creído el Evangelio, y como tales habían llegado a ser parte de la Iglesia una, el Cuerpo de Cristo. La iglesia de Jerusalén era una *iglesia de renacidos*, de verdaderos renacidos, puesto que era una manifestación terrenal de la realidad celestial.

Otra característica de aquellos que fueron añadidos a la membresía de la iglesia de Jerusalén, además de ser verdaderos renacidos, es que eran bautizados. El bautismo por inmersión en agua es la manera de confesar bíblicamente la fe en Cristo, eso es lo que significa ser bautizados “*en el nombre de Cristo*”, puesto que en el acto propiamente se ha de realizar invocando “*el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*” (Hch 2:38 comp. Mt 1:19). Una fe verdadera, testificada a través de un bautismo correcto en el tiempo –después de la conversión–, en la forma –por inmersión en agua– y en la fórmula –en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo–. Todo esto nos permite añadir lo siguiente, a lo que

hemos concluido en el párrafo anterior: la iglesia de Jerusalén era una iglesia de creyentes correctamente bautizados.

Ahora consideraremos las características básicas de la **vida de la iglesia** de Jerusalén. Las podemos resumir en dos palabras: perseverancia y unanimidad.

“Perseveraban” hace referencia a lo que eran los ejes centrales de su vida como iglesia, e incluye cuatro cosas concretas: la doctrina de los apóstoles, la comunión fraternal, el partimiento del pan y las oraciones. Los cuatro tenían el mismo grado de importancia, pues están ligados con la conjunción “y”. “*Perseveraban en la doctrina de los apóstoles*”, nos habla que estaban fundamentados sobre una base doctrinal, que todos aceptaban y defendían, y en la que seguían profundizando. “*Perseveraban... en la comunión*”, nos habla de una vida cristiana comunitaria fundamentada en el hecho de ser hermanos en la fe, miembros de una misma familia espiritual, con una sincera preocupación de los unos por los otros a nivel espiritual y también material. Incluía una relación entre ellos que iba más allá de las actividades propiamente cúllicas. “*Perseveraban... en el partimiento del pan*”, indica que ya desde sus inicios la iglesia de Jerusalén obedeció el mandamiento del Señor de recordarlo a través de la repetición del acto que estableció en aquella última cena pascual con los apóstoles. Parece que en los primeros tiempos de la iglesia de Jerusalén los hermanos se reunían cada día para recordar al Señor mediante el Partimiento del Pan (Hch 2;46). “*Perseveraban... en las oraciones*”, revela que la oración comunitaria ocupó un lugar central en las actividades de aquella iglesia local. Esta ya había sido una característica de los discípulos antes de Pentecostés: “*Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos*” (Hch 1:14). Ello nos da los cuatro tipos de reuniones que tenían establecidas: de enseñanza, de comunión, de Partimiento del Pan y de oración.

Testimonio público

Si previamente a la constitución de la iglesia de Jerusalén la oración y la unanimidad (Hch 1:14; 2:1) fueron dos hechos que caracterizaron a los discípulos, su testimonio público, mediante la predicación del Evangelio, estuvo presente desde el mismo día de su constitución como el medio para su multiplicación (Hch 2:4-40).

En cuanto tenían la oportunidad de testificar públicamente, la aprovechaban proclamando públicamente el Evangelio, incluso a la misma entrada del Templo de Jerusalén, como lo hizo Pedro (Hch 3). En sus oraciones, pedían al Señor que les concediese el poder hablar la Palabra con toda libertad (Hch 4:29), ante las amenazas de aquellos que los querían hacer callar. Los Apóstoles lo hicieron así desde el primer momento (Hch 4:33), y no callaron a pesar de las amenazas y castigos recibidos (Hch 5:42), y más tarde otros fueron incorporados a esta tarea en la ciudad de Jerusalén, como Esteban (Hch 6:8-10). Esto además del testimonio que cada creyente particularmente daba a los que tenía a su alrededor.

La acción local se extendió más allá de Jerusalén de una manera natural por el testimonio personal de aquellos que tuvieron que huir de Jerusalén, y se extendieron por Judea y Samaria (Hch 8:1, 4); y de una manera comisionada, como parece que fue el caso de Felipe, en primer lugar (Hch 8:6.40), y de Pedro, más tarde (Hch 9:31-11:48).

Persecución

Otra de las características de la Iglesia de Jerusalén es que enfrentó las primeras oposiciones, inicialmente, y más tarde la persecución por el Evangelio.

La primera acción contra la Iglesia la sufrieron Pedro y Juan, mientras hablaban al pueblo el Evangelio en el pórtico de Salomón (Hch 4). En aquella ocasión el número de hombres que creyeron

fue de unos cinco mil. Pero a ellos los metieron en la cárcel, donde pasaron la noche a la espera de ser llevados delante de los dirigentes judíos. En aquella ocasión todo quedó en amenazas debido al pueblo, aunque la intención inicial era castigarlos por hablar y enseñar en el nombre de Jesús.

Pero poco después, el sumo sacerdote y todos los que iban con él, tomaron presos a los Apóstoles (Hch 5:17-42). El ángel del Señor les abrió las puertas de la prisión durante la noche, aunque les ordenó que por la mañana volvieran al Templo para seguir anunciando el Evangelio; y ellos al amanecer fueron y enseñaron al pueblo. De nuevo fueron llevados delante del sanedrín, dónde fueron interrogados, amenazados y, finalmente, azotados. La experiencia fue dura, aunque ellos salieron *“gozosos de que fuesen tenidos por dignos de padecer afrenta por el Nombre”*.

Las cosas se fueron complicando en Jerusalén, y, finalmente, las amenazas y los azotes llevaron a la primera sentencia de muerte contra un cristiano (Hch 6:8-7:60). Esteban, uno de los Siete, fue escogido para ser el primer mártir cristiano, poco después de ser elegido por la Iglesia para encargarse de la distribución de ayuda material a los necesitados. También daba testimonio del Evangelio, y, como no pudieron resistir la sabiduría del Espíritu con que hablaba, decidieron acusarlo falsamente y matarlo como escarmiento.

La muerte de Esteban fue el inicio de la primera persecución contra la Iglesia de Jerusalén como un todo, lo que provocó la dispersión de sus miembros por Judea y Samaria (Hch 8:1-4); e, indirectamente, el proceso de expansión que el Señor les había encargado, y que aún no habían comenzado.

Aún podemos leer de otra persecución, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que sufrió la Iglesia de Jerusalén, esta vez por parte de Herodes (Hch 12:1-19). Esta fue la primera vez que una autoridad civil actuó contra una iglesia. Consistió básicamente en dos actuaciones: la muerte de Santiago, el Apóstol, y el encarcelamiento de Pedro, para condenarlo a muerte, seguramente,

después de ser presentado al pueblo pasada la Pascua. El Señor permitió, como lo hizo con Esteban, que Santiago fuese muerto; aunque libró a Pedro de la prisión por medio de su ángel, en repuesta a la intensa oración de la iglesia por él.

La experiencia de la Iglesia de Jerusalén nos muestra que, desde el inicio, el testimonio fiel del Evangelio se acompaña de persecución, aunque no siempre sea con la misma intensidad y forma.

Las primeras dificultades internas

Pero los problemas no vinieron únicamente desde fuera, también tuvieron problemas internos bien pronto. El más grave fue el que registra el capítulo 6 de los Hechos de los Apóstoles, que podía haber acabado provocando un escándalo, e incluso en una división.

El aumento del número de los discípulos complicó la atención material diaria que se ofrecía a algunas viudas. Los Apóstoles no daban abasto, y un grupo de los helenistas faltos de espiritualidad murmuraron en contra de ellos, diciendo que sus viudas no eran atendidas como se debía, en lugar de presentar el problemas a los Apóstoles y ofrecer su ayuda en aquella situación. Aquella ecuanimidad característica de la Iglesia de Jerusalén estaba en peligro, puesto que estaba provocando una división de la Iglesia en dos grupos por cuestiones de procedencia: helenistas y hebreos.

El Señor dio sabiduría a los Doce que, en lugar de entrar en polémica, buscaron una alternativa del Señor que proponer a los hermanos, puesto que había un problema real, y este era que ellos no podían llegar a todo. La respuesta fueron los Siete, que fueron propuestos a la asamblea, según las directrices propuestas por los Doce: hombres, de buen testimonio y llenos del Espíritu Santo y de sabiduría.

Disciplina

La Iglesia de Jerusalén también tuvo que vivir la primera acción disciplinaria interna (Hch 4:32-5:11). Aunque en ninguna parte se dice que Ananías y Safira eran miembros de la Iglesia de Jerusalén, su manera de actuar lo hace creer.

Ante la necesidad material de un buen número de hermanos y viudas de la Iglesia, los hermanos que tenían recursos aportaban dinero al fondo común, que al principio fue administrado por los Apóstoles, y más tarde por los Siete. Nadie obligaba a nadie a aportar recursos a la caja común, era un acto fruto de una verdadera “comunidad” fraternal, de la sincera preocupación de los unos por los otros.

Ananías y su esposa Safira, no queriendo ser menos que otros, resolvieron vender una propiedad que tenían. Pero una vez vendida, como no los movía la comunidad fraternal, acordaron dar únicamente una parte de lo que habían sacado por la venta de la propiedad, aunque dirían que lo daban todo. Con este acto Ananías dejó que Satanás llenara su corazón para mentir al Espíritu Santo.

Dicho pecado, y el que no quisiera confesarlo delante de Pedro, quien le dio la oportunidad de hacerlo, tanto a él como a su esposa, los llevó a experimentar el juicio de Dios de una manera ejemplar. Esta acción disciplinaria fue un aviso para toda la Iglesia de como desaprobaba el Señor el pecado, pero especialmente la falta de arrepentimiento.

Organización

Para considerar más detalladamente este apartado recomendamos la lectura del libro *La organización de la Iglesia del Nuevo Testamento*, que trata específicamente este tema.

En un inicio, los Doce llevaban todo el peso de la tarea pastoral y diaconal de la Iglesia de Jerusalén, además de su función Apostólica. Ellos testificaban públicamente del Evangelio,

en representación de toda la Iglesia; recogían las ofrendas y las administraban según las necesidades; se encargaban de administrar la disciplina, y de supervisar la extensión de la obra a las poblaciones próximas.

Pero pronto el Señor fue indicando cómo se había de organizar la Iglesia, y que había previsto y provisto diferentes dones para llevar a cabo los diferentes ministerios. En primer lugar propusieron, bajo la dirección del Señor, el establecimiento de un grupo llamado los Siete, que tuvieran cuidado de las cuestiones materiales, especialmente de atender las necesidades diarias de las viudas, administrando los recursos materiales de la Iglesia (Hch 6:1-5).

Más tarde, no sabemos cuándo ni cómo, los Doce también delegaron las tareas pastorales en un grupo de hombres llamados Ancianos, y que encontramos por primera vez al final del capítulo 11 de los Hechos, como los que representaban a la Iglesia de Jerusalén a los ojos de los hermanos de Antioquía. Cuando tuvo lugar la Asamblea especial del capítulo 15, encontramos que los ancianos, junto con los Apóstoles, estaban encargados de la atención espiritual, así como de la representación de la Iglesia de Jerusalén (Hch 11:30; 15:2, 4 i 22; 21:18).

Pero como la Iglesia es un Cuerpo, el Cuerpo de Cristo, desde el primer momento los hermanos que llevaban la dirección espiritual de la Iglesia local, nunca dejaron de actuar sin la comunión de toda la Iglesia, así como tampoco encontramos que la Iglesia actuara sin la dirección y comunión de sus dirigentes espirituales establecidos por el Señor. De una manera repetida encontramos que la palabra que describe dicha relación es “unanimidad”, y la manera como se expresa es mediante asambleas generales convocadas por los Doce, al principio, y después también por los Ancianos (Hch 6:

Edicions Cristianes Bíbliques